

DON ÁLVARO Y JUAN PABLO II: LA AMISTAD ENTRE DOS GIGANTES

María Pía Chirinos

Agradezco especialmente al Colegio Montealto por la invitación a este encuentro, en honor y en agradecimiento a don Álvaro, al cual me uno, en primera persona, porque he tenido la gracia de Dios de poder trabajar con él los últimos diez años de su vida, de un modo bastante frecuente y cercano. Dentro de todas las oportunidades que tuve de encontrarlo, pienso que una muy especial fue sin duda el haberlo saludado el 22 de marzo de 1994, día en el que el don Álvaro del Portillo regresa a Roma desde Tierra Santa y vísperas de su tránsito al Cielo, ocurrido la madrugada del 23.

Sin embargo, para este encuentro he ofrecido un tema algo distinto al de mis recuerdos. Concretamente, una breve recopilación de distintos hechos y comentarios sobre la gran amistad que hubo entre dos gigantes de la Iglesia del siglo XX: San Juan Pablo II, a quien todos conocemos de algún modo y don Álvaro del Portillo.

He dividido la exposición en tres partes. La primera, sobre aspectos biográficos de esta relación de amistad; la segunda, sobre el modo como secundó don Álvaro a Juan Pablo II; y por último, las iniciativas de don Álvaro que Juan Pablo II,

de algún modo también, no secunda porque es el Papa, pero sí recibe. Pienso que todos estos aspectos fueron forjando una gran amistad entre ambos, de tanta trascendencia para la historia de la Iglesia y del mundo.

Cómo y cuándo se conocen Juan Pablo II y don Álvaro. Lo escuché personalmente de don Álvaro, quien se acordaba perfectamente del momento y del lugar donde saludó por primera vez al entonces Cardenal Wojtyla. Fue durante el Concilio Vaticano II, delante de la capilla a la Virgen del Perpetuo Socorro en San Pedro, muy cercana a la actual tumba de Juan XXIII. Don Álvaro relataba este encuentro con especial cariño y detalle: por ejemplo, recordaba que el entonces Cardenal Wojtyla llevaba anteojos y que los presentó Monseñor Deskur, sacerdote polaco y gran amigo de don Álvaro, que luego sería Cardenal, y que vivió en Roma prácticamente toda su vida. Con palabras de don Álvaro, Mons. Deskur fue como un hermano para Juan Pablo II: se conocieron en su época de seminaristas en Cracovia y estuvieron siempre muy cerca el uno del otro.

En los inicios de los años 70, Juan Pablo II es invitado a Roma, a una actividad con sacerdotes que solía tener lugar en una residencia universitaria del Opus Dei. Ahí dicta una conferencia cuyo texto lo deja para que se publique. Todavía vivía San Josemaría, pero en esa ocasión no se

encuentran. Cuando fallece San Josemaría, el 26 de junio de 1975, ya estaba prevista la invitación del Cardenal Wojtyla por San Josemaría para el siguiente curso académico, que en Europa comienza en setiembre. Pero el encuentro no tuvo lugar: San Josemaría, nunca llegó a conocer a Juan Pablo II. Cuando éste es elegido Papa, don Álvaro que ya era el Presidente General del Opus Dei, como se llamaba entonces su cargo, comentó: tenemos un texto de Juan Pablo II, el de la conferencia. Y animó a buscarlo para verlo. Efectivamente, se encontró, pero el texto estaba en polaco y no se entendía nada. Empezaron a ver unas palabras que sí eran conocidas: estaban en latín, escritas a mano en la esquina superior de las hojas. Se trataba de jaculatorias que seguramente le eran una ayuda para estar en presencia de Dios, mientras impartía la conferencia.

Antes de ser elegido Papa, el Card. Wojtyla es invitado a almorzar por don Álvaro a la sede central del Opus Dei, Villa Tevere, la casa donde se encuentra la Iglesia Prelaticia y la Cripta, donde –en ese entonces– reposaban los restos de San Josemaría. Contaba don Álvaro que al llegar a la cripta, el futuro Papa no se puso a rezar de rodillas, sino que se extendió encima de la loza, en un gesto de mucha humildad, durante un buen rato. En otra ocasión, antes del Cónclave en el que saldría elegido Juan Pablo I, don Álvaro lo invita a rezar al Oratorio del Padre; es decir, a una capilla pequeña que utilizó San Josemaría, y ahora

sus sucesores, para rezar. En este lugar sagrado, se encuentra un reclinatorio que perteneció a San Pío X cuando fue cardenal de Venecia, regalado a San Josemaría por la familia de este Papa. Don Álvaro contaba que le ofreció arrodillarse en él, pero no lo hizo. Se arrodilló en el suelo para rezar.

Don Álvaro siempre contaba que durante el primer almuerzo al que fue invitado el futuro Papa, le fueron explicando lo que era el Opus Dei: la llamada universal a la santidad, a través del trabajo bien hecho, de la santificación de las circunstancias cotidianas, etc. Era una ocasión muy oportuna, ya que al vivir en Polonia, dominada por el comunismo, el Cardenal Woytila no había tenido contacto con el Opus Dei, ausente en ese país. Y don Álvaro con mucho orgullo explicaba que el futuro Papa comentó: todo lo que me están diciendo lo compruebo hecho vida en las señoritas que están sirviendo la mesa. Se ve que han preparado muy bien la comida, que han servido con gran delicadeza la mesa. En efecto, gracias a esas personas que estaban atendiéndolo con gran profesionalidad y discreción, San Juan Pablo II tuvo una experiencia directa del espíritu del Opus Dei y de lo que significa trabajar bien y santificar ese trabajo.

Don Álvaro siempre reforzaba esta anécdota ya que está muy extendido un prejuicio que ve estas tareas como trabajos de escasa categoría. Por eso, don Álvaro

solía recordar que fue precisamente a través del ejemplo de mujeres dedicadas al trabajo doméstico que Juan Pablo II captó con profundidad el mensaje de la Obra. Son trabajos de gran trascendencia, porque ayudan a la humanización de la persona y de la sociedad y porque su ausencia representa un déficit muy crítico. Don Álvaro solía añadir, siguiendo a san Josemaría, que ese trabajo sencillo, cotidiano, humilde pero bien hecho, fue también el trabajo de la Virgen María en el hogar de Nazareth. Por tanto, posee un valor sobrenatural inmenso, además de un valor social y profesional.

Pero contamos con más hitos biográficos de esta amistad. Poco antes de la elección como Papa del Card. Woytila, ese amigo polaco común a ambos, el Cardenal Deskur, sufre un serio ataque de hemiplejía y es internado de urgencia. Entonces, don Álvaro, que lo quería mucho, el día de la elección de Juan Pablo II, lo llama por teléfono. Como se encontraba en situación crítica, no quería ser causa de más emociones y simplemente le preguntó cómo se encontraba. La respuesta fue elocuente: estoy muy contento porque ha salido Papa mi gran amigo.

Don Álvaro se dijo: entonces ya lo sabe... Y Deskur continuó: si vienes a verme al hospital mañana, lo verás aquí... Don Álvaro se dijo: este amigo mío, Deskur, está muy mal, está desvariando... ¿Cómo se le

ocurre que el Papa va a salir del Vaticano al día siguiente? Un Papa no suele hacer algo semejante para ir a visitar a un enfermo, a velar a un muerto... Pero se quedó con la duda: como son tan amigos, quizás lo haga... Y efectivamente, al día siguiente don Álvaro decidió ir a visitar al Cardenal Deskur al Gemelli y se encontró con el recién elegido Papa polaco el primer día del pontificado. La noticia de esta primera escapada del Papa dio la vuelta al mundo por lo excepcional y marcó una diferencia realmente notable del nuevo pontificado que fue riquísimo en viajes, visitas extraoficiales, etc.

Luego, ya en los primeros meses de ese primer año -Juan Pablo II fue elegido el 16 de octubre del 78-, don Álvaro empieza a desplegar una serie de acciones muy entrañables con el nuevo Papa. El 6 de diciembre, don Álvaro tiene un detalle muy bonito. Como el nuevo Pontífice viene de Polonia y ahí, así como en los países del Norte de Europa, se celebra mucho a San Nicolás, ese día don Álvaro se percató de que, al estar el Papa en Italia, es posible que eche en falta la costumbre de intercambiarse presentes. Por eso, don Álvaro pide visitar al Papa en el Vaticano y le lleva una cesta de naranjas, así como otros regalos sencillos. Y, sucesivamente, comienza a darse una serie de encuentros formales e informales que irán forjando una amistad honda entre ambos.

Otra costumbre muy bonita fue la siguiente: don Álvaro cada vez que salía de Roma por un periodo de tiempo, largo o corto, le pedía al Papa la bendición de viaje. En el verano del año 87, el 2 de agosto, el Papa se encontraba en Castelgandolfo y don Álvaro se iba fuera de Roma. Recuerdo muy bien este suceso porque yo también me encontraba en Castelgandolfo, estudiando en el Centro Internacional Villa delle Rose. De pronto llegó don Álvaro, acompañado de don Javier Echevarría y de don Joaquín Alonso.

Era primer sábado de mes y Juan Pablo II rezaba el Rosario invitando a todos los que quisieran unirse a su rezo en el Cortile del Palacio del Papa. Don Álvaro quiso estar de tertulia con las que estudiábamos en ese Centro, pero la verdadera intención de ese desplazamiento fue rezar el Rosario con el Papa, para luego recibir su bendición, como de hecho lo hizo.

¿Cómo secundó don Álvaro a Juan Pablo II? Me referiré a un par de hechos. Juan Pablo II abandona una Polonia muy católica, con grandes manifestaciones religiosas, en medio de un ambiente político hostil, marcado por el comunismo oficial. Y llega a una Roma, en la que había muy poca práctica religiosa; con universidades cuyas cátedras también reflejaban la presencia ideológica de Antonio Gramsci, fundador del Eurocomunismo y de gran influencia en la vida cultural. En las aulas, no existía

ningún tipo de manifestación religiosa y los jóvenes mostraban más bien una actitud contraria a estos temas. Pero Juan Pablo II es elegido Papa y dice: Yo quiero continuar con las costumbres religiosas de Polonia. En Polonia, como obispo de Cracovia, tenía una misa en Navidad para los universitarios y comunica a sus colaboradores la intención de replicarla para los universitarios de Roma.

Estos, asustados, le recomiendan evitarlo y, en todo caso, celebrarla en una capilla pequeña pero no en San Pedro, como era su deseo. Y Juan Pablo II se niega. Tiene que ser en la Basílica de San Pedro. Y, entonces, comienzan a tener lugar esas misas anuales para las que don Álvaro empieza también a moverse de modo que desde los Centros del Opus Dei se despliegase un intenso apostolado para invitar a muchos universitarios. En realidad, a miles, porque la capacidad de San Pedro es muy, muy grande.

Y se reciben en los Centros del Opus Dei auténticos paquetes de invitaciones para repartir en la Universidad de la Sapienza, Roma, que es la más grande de Europa, a jóvenes que nunca habían estado en San Pedro ni tenían idea de lo que es la práctica religiosa, etc. El primer año se llenó San Pedro; y el segundo, y el tercero. Fue un cambio de mentalidad no sólo en Roma sino también en el Vaticano. Fue también un cambio en el modo de hacer apostolado, ya

que era evidente que los sacerdotes iban a tener mucha dificultad para llegar a esos ambientes universitarios tan hostiles, mientras que sí podía hacerlo gente joven y universitaria.

Otro tema: la llamada del Papa a la nueva Evangelización. En éste me extenderé más porque lo he estudiado con más detenimiento. El Papa se preocupa mucho por la vieja Europa, la Europa Occidental, que representaba la Europa libre, a diferencia de la Oriental, que -detrás del telón de acero, en expresión de Churchill- se encontraba bajo el dominio comunista. Europa ha sido la cuna del catolicismo, el origen de la expansión de la fe por todo el mundo, la savia que ha transformado la cultura, las leyes, el arte, la vida de tantas naciones. Los grandes evangelizadores salen de Europa a anunciar la buena nueva. Pero, con el proceso de secularización iniciado en la Edad Moderna, el panorama sufre un cambio, que tiene dos vertientes: una primera, de especial trascendencia ya que consiste en la toma de conciencia de que las realidades terrenas y seculares presentan una autonomía propia perfectamente compatible con su fundamento trascendente.

Otra que exagera esta postura hasta negar ese fundamento y oponerse a toda influencia religiosa. Este segundo movimiento secularista, que también puede definirse como laicista en su sentido

negativo, se abre paso en ambientes intelectuales europeos de modo más fuerte desde el s. XIX y en el s. XX. A partir de los años 60, trasciende esos ambientes para llegar a distintos ámbitos de la sociedad y de la cultura. De ahí que los signos de una crisis de fe se hicieran cada vez más evidentes en los años 70, al final de los cuales es elegido Papa el Cardenal Karol Wojtyła.

Por eso, ya desde su primer viaje a Polonia, en 1979, comienza a difundir la necesidad de una nueva evangelización en los países de larga y añeja tradición cristiana del viejo continente, hasta el punto de que es él el que acuña esta expresión en una famosa alocución de ese primer viaje: "Hemos recibido una señal: que en el umbral del nuevo milenio -en esta nueva época, en las nuevas condiciones de vida-, vuelva a ser anunciado el Evangelio. Se ha dado comienzo a una nueva evangelización, como si se tratara de un segundo anuncio, aunque en realidad es siempre el mismo".

Si bien es verdad que la urgencia de evangelizar fue ya lanzada a raíz del Sínodo de Obispos de 1974 sobre la evangelización en el mundo moderno, del cual como se sabe nace la Ex. Ap. Evangelii nuntiandi, la expresión "nueva evangelización" resultó realmente novedosa, sobre todo, por el contenido que le fueron dando el Santo Padre y todos aquellos miembros de la Iglesia que percibieron esta llamada como

un imperativo particular. Entre estos, Álvaro del Portillo en su calidad, primero de Presidente General del Opus Dei, y luego como Prelado y Obispo de esta Prelatura personal, ocupa un lugar relevante.

La pregunta que inmediatamente surge es ¿por qué nueva evangelización y por qué don Álvaro puede considerarse como una pieza clave en esta llamada? Precisamente en esos años de finales de la década del 70 y a comienzos de los 80, don Álvaro había estado preparando a gente de todo el mundo, con ascendencia oriental-china para que empezara el trabajo del Opus Dei en aquellas zonas de China que gozaban de libertad: Hong Kong, Macao y, en otra medida, la isla de Taiwan. Este deseo de llegar a tierras tan lejanas de Cristo constituía un deseo muy grande hasta el punto de que don Álvaro le comunica al Papa su decisión, con la seguridad de que le daría una gran alegría. La respuesta del Papa fue aparentemente lacónica.

Le preocupan los países escandinavos: Dinamarca, Noruega, Suecia, Finlandia... Y Don Álvaro, que estaba mirando China, cambia de perspectiva: decide dejar para más adelante China y buscar modos de comenzar en los países del norte de Europa. Convoca a gente del Opus Dei de todo el mundo. Entre las mujeres que se empiezan a preparar para trasladarse, se cuenta con profesionales de Alemania, Francia y Austria y de los mismos países

escandinavos, que habían conocido el Opus Dei fuera de sus tierras. Es el caso de Annette Myre, noruega que se convirtió en Pamplona. Y así, en 1984 llegan a Suecia las primeras mujeres después de que lo hicieran los varones. Les he oído contar en varias ocasiones que nada más asentarse, tuvieron una meditación en la que el sacerdote les dejó muy clara la situación de la sociedad a la que habían llegado: tenían que estar dispuestas a trabajar y hacer mucho apostolado para difundir la fe, incluso con la condición de gastar su vida entera sin poder ver frutos. La que no estuviese dispuesta, entonces mejor que se regrese a su casa. Pero no fue así. A los pocos años, ya había frutos abundantes entre conversiones y vocaciones al Opus Dei y no sólo eso. En 1988 se comenzó también en Helsinki, Finlandia, con otro grupo internacional. Destacaban ahí dos profesoras que viajaban desde Estados Unidos –Biruta Meirans, letona, y Ann Maree Klein–, que comenzaron a trabajar en el único colegio católico de esa ciudad. Fue un acto de obediencia y de fe al Papa que don Álvaro llevó a cabo de modo ejemplar.

Otro hecho que se dio y que recuerdo en primera persona fue el siguiente. El 14 de marzo de 1994, don Álvaro emprendería su último viaje: a Tierra Santa. La víspera recibe una llamada de parte del Papa. El Nuncio de Kazajistán estaba en Roma y había informado al Papa de las oportunidades apostólicas que se

estaban abriendo en ese país nuevo, que había pertenecido a la Unión de las Repúblicas Soviéticas y se había independizado recientemente. Comenzaban a funcionar muy buenas universidades, abiertas a la búsqueda de la verdad, y parecía el momento propicio para acercar a los jóvenes a la fe cristiana, pues la mayoría era musulmana.

Efectivamente, el Papa piensa en don Álvaro un día antes de que se vaya a Tierra Santa y le da ese encargo. Y don Álvaro se marcha a Tierra Santa rezando por la futura labor del Opus Dei en Kazajistán, que empieza dos años después.

Hemos llegado al tercer punto: ¿qué iniciativas sugiere don Álvaro o la gente del Opus Dei al Papa? Como quizás sepan, en Semana Santa tienen lugar en Roma –desde 1968– encuentros internacionales para universitarios de todo el mundo. Son convivencias realmente impresionantes, con la oportunidad de vivir los oficios, ser recibidos por el Prelado de la Obra y también acudir a una audiencia con el Santo Padre. En época de Juan Pablo II, el UNIV (como se llaman estos encuentros) era recibido en una audiencia aparte, sólo para ellos.

Además, el domingo de Resurrección, Juan Pablo II abría las puertas del Vaticano por la tarde y solíamos tener unos encuentros fantásticos con él: con testimo-

nios muy impresionantes de universitarios de todo el mundo, música, bailes, chistes y hasta payasos. Hay escenas del Papa, riéndose, que han dado la vuelta al mundo y que son de esos encuentros.

En los primeros años del pontificado de Juan Pablo II, uno de los asistentes que pudo saludar al Papa le comentó algo realmente muy atrevido... Santo Padre: en esta Plaza de San Pedro hay muchísimas estatuas de santos, pero falta una imagen. No he encontrado ninguna de la Virgen. ¡A mí me parece que se podría poner una en el obelisco! Era verdad. Don Álvaro siempre comentaba que se veía que este hijo suyo, miembro del Opus Dei, había adquirido la costumbre de buscar y saludar imágenes de la Virgen, siguiendo una enseñanza de San Josemaría y que se veía que la había echado en falta en la mismísima plaza de San Pedro. Pero a la vez que la solución que había dado era un poco descabellada: el obelisco no parecía el mejor sitio.

Pero también es verdad que el Papa lo escuchó con atención y puso los medios para que la imagen estuviera en la Plaza. Y así fue: se preparó un boceto de un mosaico de la Virgen Mater Ecclesiae, que es un cuadro que está dentro de la Basílica de San Pedro, que el Papa aprobó y que efectivamente -poco tiempo después- se colocó en una ventana de un edificio que da a la plaza. Fue una iniciativa que dio pie a

que muchos dijeren: *questa é la Madonna dell'Opus Dei!*

En el 2002, Juan Pablo II tuvo una enfermedad seria. Fue un tumor. Acababa de celebrarse la beatificación de Josemaría, y don Álvaro le llevó un relicario con una reliquia. El Papa quiso tenerla con él los días que estuvo enfermo, cosa que a don Álvaro le dio gran alegría.

Para cerrar, mencionaré dos acontecimientos más, que demuestran la gran estima que tuvo Juan Pablo II a don Álvaro. En primer lugar, la ordenación episcopal de don Álvaro, que fue una decisión del Papa, en diciembre de 1991, de algún modo inesperada.

Don Álvaro había superado la edad que suelen alcanzar los obispos para el retiro: tenía más de 75 años, en concreto, 77. Pero el Papa quiso que se ordenara y fue una inmensa alegría para toda la Obra. Del día en el que se publicó la noticia y nos la comunicó, recuerdo clarísimamente la humildad con la que la recibió. Desde el primer momento, su comentario fue: esta no es una gracia para mi persona, sino para todo el Opus Dei.

La última anécdota de la tremenda amistad que hubo entre Juan Pablo II y don Álvaro del Portillo se refiere a los últimos días de don Álvaro. Desde Tierra Santa, don Álvaro escribe tres postales de puño y letra:

una para el Santo Padre. Pero, por esas cosas que suceden en la vida, esa postal no se llega a enviar por correo normal. Don Joaquín Alonso, sacerdote que acompañaba a don Álvaro en sus viajes y que la debía echar en un buzón, se olvida. Llega a Roma y se la encuentra en su maleta la noche que don Álvaro fallece.

Sin embargo, este hecho resulta providencial porque, antes de enviarla al Papa y ya fallecido don Álvaro, don Joaquín la fotocopia, y por eso tenemos el texto que le escribió: le suplica oraciones para ser fieles hasta la muerte en el servicio de la Iglesia y del Santo Padre... Y así fue: don Álvaro fue fiel hasta la muerte y el Santo Padre, agradeciendo esa fidelidad, fue a rezar ante sus restos mortales el día 23 de marzo a las 4 de la tarde, a la sede central del Opus Dei.

Fueron momentos intensos, llenos de emoción, en los que Juan Pablo II dedicó un rato a rezar ante el cuerpo exánime de este hijo fiel de la Iglesia. Un gran consuelo para todos los que estuvimos ahí presentes y para toda la Obra y un gesto realmente único de un amigo que quiere a otro amigo, que se acaba de marchar a la Casa del Padre.

LA TAREA EDUCATIVA SEGÚN MONS. ÁLVARO DEL PORTILLO: TESTIMONIO Y REFLEXIÓN

María Ángeles Vitoria

Agradezco sinceramente la invitación a participar en esta Jornada celebrativa en honor de Mons. Álvaro del Portillo que, por la unidad que mantuvo con San Josemaría, es también una muestra más del cariño que los peruanos manifestaron al Fundador del Opus Dei, cuando pasó por estas tierras en 1974, acompañado de don Álvaro y del actual Prelado del Opus Dei.

Al pensar en Perú, junto con ese peculiar afecto que supieron dar al que años después conoceríamos como San Josemaría, viene a la mente espontáneamente el esplendor de los objetos dedicados al culto, aspecto en el que este país se presenta como Escuela del mundo.

Cuánta alegría tuvo San Josemaría al tocar materialmente el amor a Jesús en el ornato y belleza de los sagrarios y retablos, vasos sagrados y ornamentos. No sorprende, por eso, que pronunciase palabras de admiración por la riqueza espiritual de los peruanos, y también por la riqueza material, en parte todavía por explotar, de este país.

Perú evoca además la gran labor de